

que provocó identificación de por vida con la china poblana, el charro y el mariachi como prototipos de mexicanidad.

Y surge una pregunta: ¿qué hubiera pasado si en 1919 el mariachi de Cirilo Marmolejo no llega a la ciudad de México e inicia la tradición mariachera en la Plaza Garibaldi? ¿Acaso el son jarocho o quizá la chilena guerrerense fueran hoy los géneros musicales representativos de México? Pero al final de cuentas, el cine y la música popular realizaron el milagro de los grupos mariacheros por todo el planeta: ¡*habemus* mariachi!

En consecuencia, la radio del período 1935-1955 se retroalimentó con el cine y viceversa; el radioescucha quedó convertido en receptor-consumidor pasivo, aceptando la secuencia disímbola de estilos ofrecida por casi todas las estaciones, continuidad que podía pasar en un instante del tango al son huasteco para proseguir con una sonata de Manuel M. Ponce y finalmente cerrar con “La hora íntima de Agustín Lara”. Fórmula que democratizó ilimitadamente a nuestra música con una sola finalidad: integrar en derredor del aparato radiofónico a públicos de todos los gustos y edades con el afán de moldearlo y convertirlo en sujeto consumidor y, de paso, entretenerlo. Por otro lado, el cine: la “mágica pantalla de plata”, abrió caminos insospechados de fama para sus artistas e intérpretes convirtiendo de paso a todos los mexicanos en “dilettantes cinéfilo-musicales”.

El cine mexicano, a fin de cuentas, ha tomado envergadura internacional. Personajes de nuestra música son interpretados hoy día en películas francesas, italianas, alemanas y en mayor grado en la cinematografía española, con iconos como el maestro Agustín Lara o Jorge Negrete. Por otra parte, durante las dos últimas décadas se ha retomado la literatura poético-despechada de José Alfredo Jiménez para dar locación incidental a muchas cintas en las que el concepto amoroso, bravenor, arrojado, machista del mexicano se duplica en aquella latitud ibérica.